

BEATOS FRANCISCO Y JACINTA MARTO

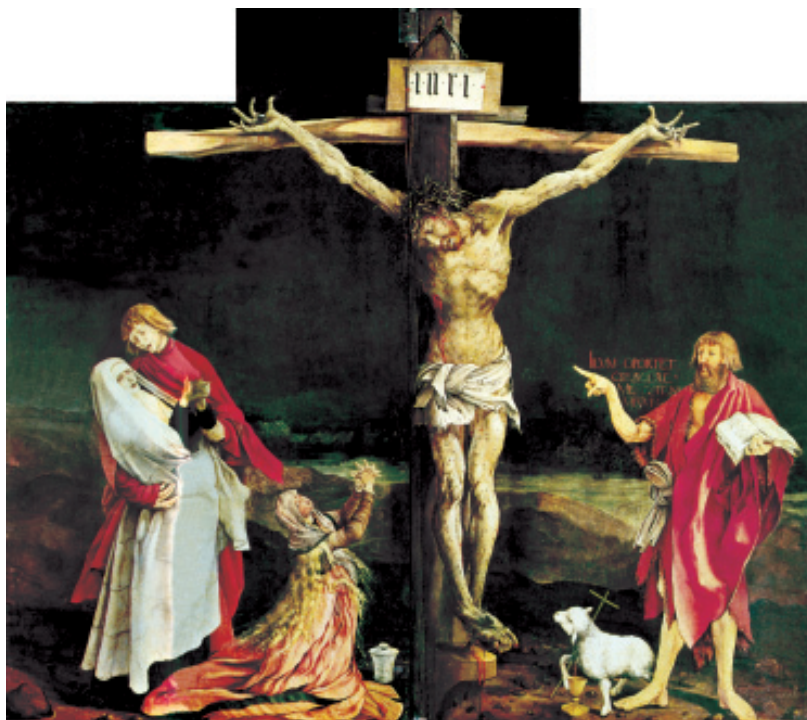
BOLETÍN DE LOS PASTORCITOS – ENERO - MARZO 2007 – (AÑO 45)

EL RECORRIDO DE LOS PASTORCILLOS (5)

III. Reparación en el Orden Cristocéntrico del Mundo y de la Salvación
Significado Bíblico da «Reparação»: O Sacrificio Reparador da Adoração

1. La necesaria identidad del sacrificio de la adoración y de la reparación

María exige en Fátima de todos los hombres que en la adoración espiritual se entreguen a Dios y esta oferta debe encontrar su expresión en la toda la personalidad humana



En esta oferta interior consiste el sacrificio agradable a Dios y que hace de cada hombre un participante de la Pasión redentora de Cristo.

El pecado, como abandono de Dios y, por eso, como perversión del hombre en cuyo ser el nombre de Dios se encuentra grabado interiormente, antes de ser una violación de una ley moral o contra una criatura, es siempre y en primer lugar una blasfemia fundamental contra el nombre de Dios. Por eso también la reparación o anulación del pecado, antes de ser un acto reparador sobre el orden creado, primaria y fundamentalmente es santificación y glorificación del Nombre de Dios. La reparación como santificación del Nombre de Dios debe ser cumplida obligatoriamente por la realización del contenido de este Nombre “imagen y semejanza de Dios en Cristo”, que Dios realiza y le transmite al santificar el interior del hombre. El Nombre de Dios significa su Santidad, por eso Dios, que con Su superioridad, fuerza y poder, excede a todas las criaturas, y con la denominación toma posesión del hombre; El hombre se torna así enteramente una propiedad de Dios, conocido por Su mirar y dominado hasta lo íntimo de su ser.

Al contrario de la mentira del pecado, –que no es otra cosa sino la independencia de la propia personalidad humana ante Dios y su separación–, la purificación del pecado es, reconocimiento real de Dios, es realización viva de la verdad de que el hombre pertenece total e incondicionalmente a Dios; es la entrega total del hombre a Dios en la adoración, en la espontaneidad de la adoración interior de un corazón entero; únicamente será solo así abolido y aniquilado el pecado y será el propio Dios, que lo repara y santifica, atrayéndolo a Sí comunicándole su mismo nombre y tomando cuenta de Él. Al mismo tiempo que Dios purifica y santifica al hombre, el hombre se deja poseer de Él y glorifica a Dios. Entregándole toda su persona, su cuerpo y alma, para que Él lo coja, tome posesión de él y lo santifique. Por eso para esta única y mística realidad entre Dios y el hombre la Sagrada Escritura utiliza las palabras griegas: purificar, reparar, bendecir, santificar, glorificar, porque Dios así se santifica en el hombre. Al purificar, reparar y santificar al hombre, Él se revela santo y al mismo

tiempo en el hombre Él glorifica su propio Nombre. Esta entrega a Dios en la adoración, en la santificación de su Nombre es el acto más fundamental y primario. Eso nunca se alcanza por intermedio de las criaturas, pero para eso el hombre debe aprender la práctica de los actos propios y muy meritorios de la adoración. Sin este fundamento de la oración, otras actividades humanas – como las prácticas de virtudes y de devociones de culto, de buenas obras, de sacrificios, oraciones, consagraciones, etc.– nada aprovechan y nunca podrían purificar y reparar pecados, porque en la raíz queda la mentira fundamental de la autonomía de la criatura. Por eso la adoración, entrega directa a Dios, saliendo del mismo interior, y la reparación, son realizaciones esencialmente idénticas. En Fátima, antes que otras cosas nuestras, la principal y decisiva exigencia de María fue esta entrega total de la persona humana al Dios trascendente. Así lo vivieron los Pastorcitos.

La santificación en la verdad, que en la entrega total de la adoración es la realización de la pertenencia entera del hombre a Dios, –es necesariamente la destrucción del mundo de la mentira, la anulación, la destrucción de la autonomía de mentira del propio yo del hombre delante de Dios. La entrega total del hombre en la adoración es justamente la abolición de cualquier autonomía humana; sólo así, y no de otro modo, será quitado el pecado y el hombre quedará reparado. Reparación es adoración, y la adoración solo se puede realizar en la relación personal y directa del hombre con Dios trascendente, en contradicción con cualquier mutua relación creada del hombre. La entrega total del hombre en la adoración de Dios es justamente la reparación por este elemento esencial de la renuncia personal de sí mismo, que ella necesariamente ha de llevar; porque si la autonomía mentirosa del hombre no fue excluida y totalmente anulada, entonces el hombre de ninguna manera podrá adorar al Dios trascendente porque su interior, o su corazón queda oculto por las barreras del pecado.

Dios llama y atrae para sí al hombre caído; el hombre debe repararse con la fuerza de Dios, debe dejar repararse y santificar por el sacrificio que es la total renuncia de sí mismo y la total entrega de su personalidad a Dios. Esta adoración reparadora por la entrega en el sacrificio es la verdadera realización del hombre, en su ser y en su vida, pues pertenece enteramente a Dios, y al mismo tiempo es también la justificación del hombre. Dios no exige de parte del hombre “satisfacción”, pero sí “justicia”, y justicia es pertenecer el hombre directa y únicamente a Dios; la entrega por el sacrificio de adoración es la viva realización de la justicia. Esta “justicia” del hombre no consiste en los diferentes actos justos que el hombre realiza, pero sí en la actitud interior del corazón humano; esto se realiza vivamente y se manifiesta en toda la vida por la fiel concordancia de oír y obedecer la palabra de Dios, por la inhabitación de la Ley, del Espíritu Santo, del Nombre de Dios en el corazón del hombre, por lo cual el hombre se torna justo, santo, es santificado. La noción bíblica de “justicia” es por lo tanto idéntica con la “santidad”, porque la justicia del hombre es su santidad. “Justicia” significa que el hombre en todo su ser y en toda su vida pertenece enteramente a Dios; la justicia es la viva y verdadera realización, cumplimiento y perfección de su relación con Dios en el misterio de Cristo, es la realización de la verdad en sí; esta verdad y, por eso, esta exigencia de justicia sin condiciones es absoluta y su fundamento se encuentra desde el principio en la misma estructura

esencial del destino del hombre. La vida justa del hombre es la vida, que corresponde a su verdadera nominación original, a la realización y al cumplimiento de su vocación.

Esta adoración no obstante, en la que el hombre se entrega a Dios y se une con Él se ejecuta en la realización concreta del orden obligatorio de la salvación, únicamente por el sacrificio, y en esta vida terrestre va ligada a muchos sufrimientos porque el mundo, en que el hombre vive desde su nacimiento por causa de la caída de Adán, no es un estado indiferente, sino un dominio continuo de fuerzas reaccionarias de abandono y de alejamiento de Dios con sus palpables consecuencias físicas. Por eso, “el hombre viejo” viciado por las sediciones del mal de este mundo, debe ser vencido. La adoración en la entrega a Dios y en la unión con Dios indica su separación necesaria de este mundo ateo; el hombre no puede unirse a Dios a no ser por la anulación de la blasfemia real que desde el pecado de Adán domina este mundo. La imagen “viva” del pecado, partiendo del centro interior hasta fuera de la zona física, debe ser totalmente destruida. En esto consiste la misión de cada hombre en el misterio de Cristo y su participación real en el sacrificio reparador de Cristo, o su crecimiento en el “kairos” de la recapitulación, que es el cumplimiento del Sacrificio de la Cruz, la destrucción de la imagen del pecado de Adán y la reconstrucción de la eterna imagen y semejanza con Dios. Por eso dice Cristo en su oración sacerdotal que Él mismo se santifica para los suyos, para que ellos también sean santificados; Cristo es el santificado del Padre, que por nosotros se hizo al mismo tiempo pecado visible; en esta forma Él se santifica visiblemente por nosotros y por medio de la muerte en la cruz El repara la generación caída. Por la presentación visible, y así por la activa destrucción de la imagen del pecado de Adán que es la blasfemia, el robo de la semejanza con Dios y del reino real, Cristo, por la fuerza de su Espíritu, destruyó toda la perversión interna y externa del pecado de la generación caída y purificó el interior del hombre de las obras muertas de perversión, para adorar al Dios vivo. El reparó y santificó a los hombres en sí y por sí en la medida que a sus miembros, por la fuerza del Divino Espíritu místicamente toman parte en El y así por El y en El se dejan reparar y santificar.

Cristo llevó al madero de la cruz todos los pecados y les dio muerte en su Cuerpo, para que ahora, muertos para el pecado, todos puedan vivir en justicia como El mismo Cristo vivió y peregrinar en esta vida terrestre como El peregrinó.

Por eso dice la Sagrada Escritura que la vocación de los miembros de Cristo es sufrir en este mundo en su Nombre: en unión mística con el sufrir por Él y para Él; el mismo Dios con su amor celoso obra estos sufrimientos en los miembros de Cristo, para que ellos así puedan tomar parte en su santidad.

María en Fátima no ha pedido otra cosa sino esta experiencia fundamental y central de la Sagrada Escritura: la santificación del Nombre de Dios. Ser santo como El es santo; ser tan santo como El es santo; para eso llama a todos los hombres; sin esta santificación ninguno podrá contemplar a Dios. Ser santo por el sacrificio, ser santo por el ofrecimiento total de toda la personalidad humana con cuerpo y alma. Por la realización de la entrega, los hombres se tornan participantes de la pasión de Cristo; en eso consiste el agradable “sacrificio espiritual” para Dios, la “adoración espiritual” de los miembros de Cristo, del pueblo de Dios, del sacerdocio real. “Espiritual” no significa el acto

puramente espiritual, interiormente invisible e “intelectual”, hecho una vez sólo sin que el propio hombre u otra persona pueda sentir también algo de su fuerza y eficacia. Es más: se entiende con eso la entrega total de todo el hombre con cuerpo y alma, realizada a partir del interior, en la fuerza del Espíritu de Cristo, por medio de su “Verbo” que eficazmente obra en la verdad y por eso con un corazón infalsificado, sincero y puro. Esta oferta interior debe encontrar su viva y visible expresión en la totalidad de la persona humana, contra cualquier asimilación a visibles e invisibles legalidades y formas del mundo.

“Por eso os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios –escribe S. Pablo a los Romanos– a que ofrezcáis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Sea este vuestro culto verdadero y espiritual. No os

2. La adoración reparadora es necesaria y únicamente eficaz para salvar a los otros hombres

Sólo partiendo del orden absoluto y cristocéntrico del mundo y de la salvación, -en que se asienta el ser humano “imagen y semejanza de Dios en Cristo” y que es el fundamento para el dominio del hombre- se comprende la eficacia salvadora de la oración reparadora por los otros hombres y su concreta realización; y es sólo esta la única eficacia salvadora, que un hombre puede ejercer sobre otro hombre. Y en este continuo y activo dominio dinámico, -o de las fuerzas vueltas para Dios o de las fuerzas espirituales adversas a Dios– se encuentra el fundamento de la posibilidad de hacer reparación por los otros. La fuerza activa de la adoración reparadora del hombre por la conversión y salvación de los pecadores se encuentra en su real y mística participación en la adoración mística del sacrificio de la cruz de Cristo. Porque la adoración reparadora es en sí la unión mística del hombre con Cristo en su Espíritu Santo, que durante la vida terrestre, partiendo de su interior, de manera continua se realiza en la persona humana. En este mismo vivo proceso dinámico actúa también Cristo mismo, tanto en la reparación y santificación de sus miembros como también en la conversión y salvación, en el cambio y en la transformación de los otros hombres. Se trata del reinado del espíritu de Cristo en el hombre. La única eficacia salvífica sólo será posible, si el humanamente no pertenece más a sí propio, sino enteramente a Dios en Cristo. Y esta eficacia suya es tanto mas poderosa, tanto más influyente cuanto más perfectamente se realiza en el misterio de Cristo, cuanto más profunda e intensamente el hombre es enraizado únicamente en Dios; cuanto más pertenece únicamente a Dios, es más penetrado y dominado por el Espíritu de Cristo. Esto significa que no existe ninguna relación y mediaciones criadas de la salvación entre los hombres, sino que el mismo Dios se encuentra directamente presente entre los hombres. El Espíritu de Cristo obra directamente en los miembros de Cristo y por ellos para la salvación de los hombres. Por eso es tan necesaria la adoración reparadora para la salvación de los pecadores, porque ella sólo se realiza en la fuerza divina de Cristo y no en la propia fuerza del hombre. La muerte del pecado de este mundo y la vida de justicia, que en esta vida el hombre realiza y completa en un proceso dinámico, es el reinado mismo de la santidad de Cristo en el hombre. Justamente por eso se realiza al mismo tiempo la difusión del Espíritu de Cristo, la dilatación de su dominio en los otros hombres, en su intimidad, porque el divino Espíritu de Cristo reina en el interior, en el corazón del hombre.

acomodéis a este mundo, por el contrario, dejados transformar, adquiriendo una nueva mentalidad para poder discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno y lo que le es agradable y perfecto” (Rom, 12, 1-2).

Para lo mismo llama en Fátima, el Corazón Inmaculado de María a todos los hombres de nuestro tiempo.

Por tanto nunca habrá una consagración y reparación sin ser verdadera santificación, y exterior del hombre “Consagrarse” no significa “buscar refugio” o “ponerse bajo protección” durante esta vida terrena, pero sí purificarse y santificarse. Consagración, reparación y santificación significan la misma cosa y deben ser realizadas obligatoriamente en una viva unión y en la totalidad de la persona humana.

“He aquí el mensaje que oímos de Jesús y os anunciamos – escribe el evangelista S. Juan en su primera carta – Dios es luz y en Él no hay ninguna especie de tinieblas. Si decimos que estamos en comunión con Él, mas caminamos en las tinieblas, mentimos y no vivimos la verdad. Por el contrario, si caminamos en la luz con Él, que está en la luz, entonces tenemos comunión unos con los otros y la sangre de Jesús nos purifica de todo pecado... El es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros sino también por los pecados de todo el mundo... Aquel que dice que está en Él, debe también andar como Él anduvo.” (Jo 1,5 -2,6).

Cuando Israel, el pueblo elegido por Dios, por sus pecados fue infiel a la Alianza divina y fue abandonado a sus enemigos, y seguidamente cayó en una gran tribulación y servidumbre, no podía ser salvado y libertado por su culto litúrgico de reparación, sino únicamente por la realidad mística de una interior y exteriormente viva reparación; por el cambio de sentido y de sentimiento del corazón pervertido y endurecido y por la reparación física en la propia carne. Esta conversión fue alcanzada para el pueblo por los diferentes santos elegidos por Dios, que por la oración, por su propia adoración reparadora intervinieron por el pueblo entero; esto significa: por la entrega total a Dios, por el ofrecimiento de toda su personalidad a Dios. Sólo así la reparación de los santos alcanza la reparación de los pecadores. En esta realización de cada uno para reparar la comunidad, lo primero y más decisivo es: la invocación del nombre de Dios, el recurrir al nombre de Dios, que Él reveló y comunicó a los hombres en la realización de la alianza: “celoso” y “misericordioso” (que quita los pecados). Y seguidamente la invocación de su Nombre, que Él personalmente comunicó a sus elegidos Abrahán, Isaac y Jacob al indicarse como su Dios y el Dios de sus padres (Ex 3,15) y con eso también la apelación para los padres, como elegidos y amados por Dios; de ninguna manera por causa de los méritos de sus virtudes sino por causa de las promesas de Dios, que Dios les había hecho y confirmado en juramento solemne en Sí mismo; es, por tanto, el llamamiento para la bendición y perdón de Dios, benevolencia y amor, que Dios les ofreció al hacerles como sus íntimos, sus amigos, sus inquilinos (Ex 32, 13; Hb 11,16). Así opera la reparación de Moisés (Ex 32, 7-14; Num, 10-19) por todo el pueblo que quebrantó la alianza, con el ofrecimiento de sí en la adoración reparadora por el pueblo rebelde; así Daniel en el cautiverio de Babilonia (Dan 9, 1-27); así Eleazar y los

hermanos Macabeos (Mac 6, 18 -7,42) por el sacrificio total de su vida en sangriento martirio. El mismo Cristo enseña esta eficacia salvadora en el misterio de Cristo de palabra y obra, con parábolas reales y verbales, principalmente en su despedida. Es la eficacia salvadora de los miembros de Cristo, en una unión mística con Él, ligado exclusivamente a la viva permanencia en Él; así, por ejemplo: “la purificación” (reparación) de los propios sarmientos, que únicamente pueden traer fruto si permanecen en la cepa, y para que traigan más fruto; traen los frutos suyos por los otros, por una oración eficaz en su nombre; pues en esto consiste el cumplimiento del mandamiento de Cristo: amar a los hombres como Cristo nos ama. Porque la oración en nombre de Cristo es realmente la oración de la unión mística con Cristo; únicamente en ella se encuentra la fuerza real del nombre de Cristo, que hace la oración infaliblemente eficaz; si faltase esa realidad de la unión mística, tal oración quedaba como fórmula vacía, una exigencia vana y sin fuerza del nombre de Cristo; además de eso la “purificación” mutua por la renuncia de sí, por la humildad y humillación que Cristo enseñó a los suyos en la cena con el lavatorio de los pies. La eficacia salvífica de los miembros de Cristo para la reparación y salvación de los otros es, por tanto, una eficacia del propio Cristo y se realiza por sus miembros de la misma manera como por el propio Cristo: sólo por eso la semilla de trigo cae en tierra y muere. Cristo se santifica así mismo por los suyos, para que ellos sean santificados; este santificarse a sí mismo es al mismo tiempo “santificarse por los otros”. Por eso también S. Pablo fundamenta la eficacia de su fuerza apostólica con su sufrimiento reparador; porque el sufrimiento reparador es del propio Cristo, que en el se realiza por la salvación de los otros.

La fuerza del sufrimiento reparador de Cristo en la cruz es realmente eficaz en la vida reparadora de sus miembros místicos. La reparación, en la realización de la salvación, es el contenido del sacrificio sacerdotal de Cristo y de sus miembros, por tanto, de todo el Cristo místico, de todo el pueblo santo de Dios, del sacerdocio real. Reparación es por tanto la realización del misterio del mismo Cristo; sin reparación no puede haber alianza con Dios. La alianza de Dios es esencialmente una alianza reparadora de sacrificio.

Justamente es esta reparación, absolutamente necesaria para la salvación de los hombres, que María con tanta exigencia exige en Fátima: la entrega total a Dios en un sacrificio reparador para la salvación de los pecadores.

* * * * * * * * *

En consonancia con esta explicación teológica del sacrificio reparador, la Hna. Lucía nos recuerda en su libro «Llamadas del Mensaje de Fátima», la segunda aparición del Ángel: «Encontrábanse las pobres criaturas entretenidas, sentadas en las losas del pozo situado en el patio de mis padres. El Mensajero celeste se presenta y les dirige a ellos la siguiente pregunta «¿Qué hacéis?» y, sin esperar respuesta continúa: «*Orad, jorad mucho! Los Corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios. (...) De todo lo que podáis, ofreced un*

sacrificio en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy su Ángel de la guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo aceptad y soportad los sufrimientos que el Señor os envíe...

En aquella ocasión los niños no pudieron sospechar ni siquiera ligeramente que esa llamada a la oración no era sólo para ellos, sino también para toda la humanidad. Hoy, considero este llamamiento como una llamada de atención hacia el camino marcado por Dios para Sus criaturas, desde el principio de la creación.

Todo esto nos muestra la gran necesidad que tenemos de hacer oración, de aproximarnos a Dios por la oración... Este llamamiento al sacrificio que Dios aquí nos dirige, lo encontraremos también en muchas páginas de la Sagrada Escritura,...En el Antiguo Testamento, los sacerdotes acostumbraban ofrecer a Dios por ellos mismos y por el pueblo, sacrificios de animales, que inmolvaban como víctimas propiciatorias. Pero estas víctimas eran apenas figuras del sacrificio de Cristo, que había de ser la verdadera víctima ofrecida al Padre por los pecados de la humanidad. Este sacrificio de Cristo, que vino a poner término a las figuras, debía perpetuarse en sustitución de los sacrificios de la Antigua Alianza y lo tenemos hoy renovado diariamente en el altar de la Celebración Eucarística, repetición incruenta del sacrificio de la Cruz.

Pero no basta, porque, como dice San Pablo (Col, 1,24), es preciso completar en nosotros lo que falta a la Pasión de Cristo, porque somos miembros de Su Cuerpo Místico. Así cuando un miembro del cuerpo sufre, todos los demás sufren con él, y cuando un miembro se sacrifica todos los demás miembros participan de ese sacrificio. Si un miembro estuviera enfermo y el mal fuera grave, aunque el mal estuviese localizado sobre él, todo el cuerpo sufre y muere. Lo mismo pasa en la vida espiritual: todos somos enfermos, todos tenemos muchas deficiencias y pecados, por eso todos tenemos el deber de, en unión con la víctima inocente que es Cristo sacrificarnos en reparación por nuestros pecados y por los de nuestros hermanos, porque todos somos miembros del mismo y único Cuerpo Místico del Señor.

El Mensaje pide que ofrezcamos a Dios de todo lo que podamos un sacrificio: «*De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores*» (palabras del Ángel). Pueden ser sacrificios de bienes espirituales, intelectuales, morales, físicos o materiales; según los momentos, tendremos ocasión de ofrecer ahora unos ahora otros, lo que importa es que estemos dispuestos a aprovechar la ocasión que se nos depara, sobre todo que sepamos sacrificarnos cuando eso mismo es exigido por el cumplimiento del propio deber para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos. Y aún más, si este sacrificio es preciso para no transgredir ninguno de los mandamientos de la Ley de Dios, en este caso, el sacrificio que tenemos que imponernos es obligatorio, porque estamos obligados a sacrificarnos lo necesario para no pecar. Es una exigencia de la que depende nuestra salvación eterna... Así nos lo dice Jesucristo en el Evangelio: “... ¿qué adelanta el hombre si gana todo el mundo, pero se pierde a sí mismo, o sufre algún daño?”